

estudiados y rectificando las estimaciones formuladas, con un cabal conocimiento de la materia.

La conferencia ha sido elogiosamente comentada por la prensa parisiense y traducida al francés y yugoeslavo.

Felicitemos a la escritora por sus actividades culturales en los centros intelectuales franceses y, sobre todo, por dar a conocer allí a los valores más representativos de la poesía chilena contemporánea.

<https://doi.org/10.29393/At355-356-25CSRA10025>

CONCURSO SOBRE LA OBRA DEL ESCRITOR LUIS DURAND

Con el objeto de honrar la memoria del escritor y ex director de "Atenea", Luis Durand, la Universidad de Concepción llama a concurso sobre un ensayo crítico de su obra, bajo las siguientes condiciones:

- 1.º La extensión del trabajo debe calcularse entre 200 a 300 páginas, aproximadamente, en originales escritos a máquina, tamaño carta, en doble espacio, con cinco copias.
- 2.º Los trabajos deberán enviarse a "Secretaría de la Universidad de Concepción", bajo seudónimo. En sobre sellado, aparte, que registre en la cubierta el seudónimo, se enviará el nombre y la dirección del autor.
- 3.º El plazo de recepción vence el 1.º de septiembre de 1955.
- 4.º Se otorgará un premio único de \$ 50,000.
- 5.º El jurado está compuesto de los señores: Félix Armando Núñez, Milton Rossel, René Louvel, Gonzalo Rojas y Cautopolicán Montaldo.
- 6.º La Universidad se hará cargo de la publicación de la obra premiada.

CREACION DE LA FACULTAD DE AGRONOMIA

En un acto efectuado el 5 de febrero último en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, fué ratificado el convenio suscrito entre este organismo universitario, el Departamento

Técnico Interamericano de Cooperación Agrícola (Dtica) y el Ministerio de Agricultura, por el cual se crea la Facultad de Agronomía, en la Universidad penquista.

Hizo entrega de los documentos al Rector de la Universidad, señor Enrique Molina, el Ministro de Agricultura, señor Roberto Infante, quien pronunció el discurso que damos a continuación:

Señores:

Constituye para mí un alto honor y una profunda satisfacción ocupar esta tribuna, que encarna y representa uno de los más valiosos y sólidos pilares del acervo cultural de Chile, pues la Universidad de Concepción, con su firme trayectoria de seriedad científica, de investigación técnica y de formación de juventudes, es, sin lugar a dudas, un hermoso ejemplo para todos los chilenos, a los cuales puede exhibir orgullosamente su contribución efectiva al progreso de la República.

Esta obra grandiosa, incubada en el espíritu inquieto de hombres visionarios, ha podido ser una realidad y surgir esplendorosamente gracias al esfuerzo y a la colaboración de la ciudadanía de toda una provincia que, como la de Concepción, ha marchado a la vanguardia del progreso desde el nacimiento de nuestra República.

Como Ministro de Agricultura, me cabe, en esta ocasión, la satisfacción de entregar debidamente perfeccionado y ratificado el Convenio suscrito entre la Universidad de Concepción, el Departamento Técnico Interamericano de Cooperación Agrícola y el Ministerio de Agricultura.

Aseguro, y creo no incurrir en exageración, que este convenio abre las puertas para efectivas realizaciones de trascendencia insospechada. La influencia que él ejercerá en el desarrollo de la producción agrícola nacional y, en especial, de la zona sur, alcanzará metas que irán, ciertamente, más allá de las más optimistas previsiones.

Agricultura, industria básica

La agricultura, señores, ha sido llamada con razón "la industria madre", ya que mediante ella se logra que la tierra rinda sus mejores frutos, que han de servir después para la alimentación de las poblaciones o como materias primas para otras tantas industrias que facilitan al hombre la existencia o la hacen más grata. Pero si la agricultura merece en justicia tal calificativo, la tierra, seno fecundo en que ella se asienta, es verdaderamente la madre generosa y abnegada, que está a cada instante vaciando sus entrañas para entregar a sus hijos el pan y la existencia misma.

La tierra es un crisol maravilloso en que se concibe y germina toda la gama de los más útiles e indispensables elementos para el hombre. La tierra, con amor maternal, nada niega a sus hijos, incluso a aquellos que por errados conceptos, desconocimiento o caprichoso aferramiento a normas o procedimientos ya caducos, incursionan en su entraña tratando de extraer sus tesoros, sin otro afán que el lucro y el rápido enriquecimiento.

Pero, en estos casos, la tierra, velando previsoramente por sus hijos por venir, cuidando de las generaciones del futuro, reacciona y se defiende. Y es así como los ojos atónitos del que torpemente incursionó en la tierra, sin amor y cegado totalmente por mezquinos apetitos, han de contemplar el espectáculo de un rendimiento pobre o de una tierra enferma, erosionada y estéril.

Pasión a la tierra

El amor a la tierra no puede quedar reducido a los afanes bucólicos o a la deleitación estética frente a los atardeceres campesinos. El amor a la tierra ha de traducirse en pasión auténtica por hacerla más hermosa y más fecunda. Ha de demostrarse con actos positivos que involucren el tesón cariñoso del hombre que la labra con esmero percibiendo el fruto cada vez más perfeccionado,

tal como el padre trata de que sus hijos sean siempre los mejores y los más dignos.

Es cierto que la tierra devuelve con creces el capital invertido en sacrificios, en esfuerzos y en sudores, pero es cierto también que este pródigo interés lo entrega en forma sólida y permanente sólo a quien supo poner amor en sus faenas, ternura en sus desvelos y elevación anímica en sus empujes. La tierra, como madre, perdona a quien, cegado por mezquino afán de lucro, succiona avaramente sus frutos sin devolverle nada; pero, a la larga, por inexorable ley natural, se revela y castiga, tornándose estéril, a quien así procede tan ligeramente.

Y junto al amor está el trabajo. La tierra brinda generosamente su entraña y llama a sus hijos a la búsqueda de la permanencia vital que ahí se alberga. Pero el fruto no llega solo. Es como el trofeo que alcanzan las manos de los vencedores en las duras lides del trabajo. Es la corona de laurel que se ciñe a la frente sudorosa del que no se arredró ante las madrugadas, el sol candente o los vendavales. Es el beso tierno de mujer que recibe el hombre cansado después de una dura jornada, en que lo mejor del esfuerzo fué puesto en la tarea.

A Dios gracias, los hijos de Chile saben amar con pasión, y en la dura hora del trabajo, saben entregar sus cuerpos y sus almas en sus vivificantes lides. Sólo así ha podido forjarse este Chile nuestro, en que una naturaleza bravía surgió tal para ser conquistada por hombres de recio temple y de corazón bien puesto. Pero, señores, el amor a la tierra y el trabajo esforzado que a ella se consagra no lograrán nunca obtener los grandiosos frutos que se esperan, si no van acompañados de la orientación técnica y de la racionalización efectiva de las labores. El avance de la ciencia ha enseñado ya al hombre cuáles son las normas concretas a que debe ceñirse para lograr que sus esfuerzos tengan el mejor rendimiento y, al mismo tiempo, cuáles caminos deben seguirse para mantener en todo momento el equilibrio natural que es menester para evitar que la tierra se empobrezca o se agote.

Necesidad de asegurar abastecimientos

El imperioso deber que pesa sobre las colectividades, en orden a proveer permanentemente a la alimentación y subsistencia de sus componentes, siempre en aumento, obliga a no desperdiciar esfuerzos e iniciativas en el logro de esta misión. Y esto sólo puede obtenerse mediante la aplicación de procedimientos y sistemas cuya eficacia haya sido debidamente sancionada por la ciencia. El esfuerzo inorgánico o reñido con los principios científicos resulta siempre estéril, por muy buena que sea la intención con que se emplea y por mucha que sea la energía que se aplique a los propósitos.

Labor de la Universidad

La Universidad de Concepción, con su honda sensibilidad cultural, ha sabido captar este requerimiento técnico de la agricultura. Y es así como a su comprensión y cooperación se debe que se haga realidad el Convenio a que me refiero. Con verdadera emoción patriótica expreso a esta Ilustre Universidad la gratitud del Supremo Gobierno.

Quiero aprovechar, también, para hacer público los agradecimientos del gobierno, que tengo el honor de representar, a la nación hermana de Estados Unidos de Norteamérica por la desinteresada cooperación a nuestros planes de desarrollo agrícola, a través de su Departamento Técnico Interamericano de Cooperación Agrícola y de su prestigiada Universidad de California.

Vosotros, Hijos del Sur, tenéis amor a la tierra. Prueba de ello es el aporte magnífico que para la alimentación del país siempre han hecho las provincias que se encuentran al sur del río Biobío, cuyas selvas, ayer inhóspitas, han sido transformadas en fértiles graneros y en verdes praderas, gracias al tesón y al sacrificio de sus hombres.

Vosotros, Hijos del Sur, formáis orgullosamente en la legión

de los hombres que no tienen otra meta que el trabajo, ni otra ambición que la satisfacción del deber cumplido. Así lo habéis demostrado a la faz del país, al llegar a levantar esta hermosa ciudad de Concepción, Perla del Sur y de Chile entero, rodeada de usinas y fábricas, de minas y puertos, en que el ronco sonido del yunque y el fragor de las maquinarias nunca cesa.

Vosotros, Hijos del Sur, sabéis también de la cultura. Así lo demuestra este templo de la ciencia y del perfeccionamiento que es vuestra Universidad, de la cual con tanta razón os sentís orgullosos.

Si tenéis amor a la tierra, si vibráis permanentemente con las sonoras notas del himno del trabajo, si vuestro cariño por la cultura está demostrado, es una obra de justicia la que realizo cuando, en nombre del Supremo Gobierno, os entrego hoy, solemnemente, este Convenio, que ha de constituir la herramienta más efectiva para hacer que la técnica llegue a vuestros campos, y logréis así acentuar mucho más generosamente que lo que habéis hecho hasta ahora, vuestra espléndida contribución al progreso y a la prosperidad de la patria.

He dicho.